

NOTAS SOBRE LA RELACIÓN ENTRE IGLESIA Y EUCARISTÍA EN EL VATICANO II

Román Sánchez Chamoso*

Abstract

This paper will try to sort out some Vatican II texts in relation with Church and the Eucharist allowing them to express its own meaning. Vatican II did not develop any document about the Eucharist, whereas it addressed thoroughly about the Church issue through two out of its four Constitutions, even though it spoke out the relations among them widely. These testimonies long-drawn a lasting theological tradition that extents and strengthens. The Vatican II bottom line on our paper is the Eucharist in a Church- Holy communion.

Keywords: Church, Holy communion mystery, Church, Eucharist assembly, reciprocal relationship between Church and Eucharist, The Eucharist, Epiphany of Church, The Eucharist and Church towards Kingdom.

El presente trabajo tiene un modesto objetivo. No pretende ser un estudio minucioso sobre la relación entre Iglesia y Eucaristía, sino, más sencillamente

* El presbítero Dr. **Román Sánchez Chamoso, odio**, nació en un pueblo de Salamanca, se ordenó de sacerdote en 1965 y pertenece a la hermandad de sacerdotes operarios diocesanos. Es licenciado en filosofía eclesiástica (1960) y doctor en teología por la Pontificia Universidad de Salamanca (1977), y licenciado en filosofía y letras por la Universidad Central de Madrid (1968). Ha enseñado en varios centros eclesiásticos, como la Universidad Pontificia de Salamanca, Facultad de Teología de Burgos, Centro de Estudios Religiosos de Aragón, Universidad Santa Rosa y en nuestro ITER. Entre sus cargos directivos están el de Rector del Colegio Mayor «Maestro Ávila» de Salamanca, del Seminario Metropolitano de Zaragoza y del Centro de Estudios «Monsén Sol» de Caracas, además de Secretario General de la U.P. de Salamanca y Director del Programa de Teología para Laicos y de la revista «Labor Theologicus» de la Universidad de Santa Rosa. Desde 1992 se vino a Venezuela, donde colabora sobre todo en la formación teológica de nuestra iglesia local, de clérigos, religiosos y laicos. Correo electrónico: romanschamoso@hotmail.com

y sin ulteriores pretensiones, quiere ser un a modo de inventario de dicha relación, una recogida de materiales del Vaticano II con los que se podría abordar una reflexión teológica sistemática. Por tanto, nos vamos a limitar a espigar textos de los documentos del Vaticano II que relacionan Eucaristía e Iglesia, con un mínimo de glosa.

1. UNA ECLESIOLOGÍA EUCARÍSTICA

Este título puede pasar por la más breve y clara síntesis del intento de este trabajo. El Vaticano II se ocupó ampliamente de la Iglesia, a la que dedicó dos de las cuatro constituciones conciliares, y no elaboró ningún documento sobre la Eucaristía, esto no obstante es muy destacada y reiterada la relación que establece entre Iglesia y Eucaristía en varios de sus documentos.

La *eclesiología eucarística* fue uno de los grandes aportes de la teología ortodoxa a la temática conciliar¹, pues la teología occidental no tuvo de ordinario tan presente la relación teológica entre Eucaristía e Iglesia.

El planteamiento hay que hacerlo hoy desde la comprensión que el Vaticano II tiene de la Iglesia como *misterio de comunión*, una concepción de la Iglesia ampliamente asumida por la teología postconciliar. La eclesiología del concilio ha propiciado notablemente y ha dado pasos importantes en una eclesiología eucarística, gravitando sobre todo sobre la Iglesia-comunión.

Nuestro tema puede expresarse con la feliz fórmula que se ha hecho moneda corriente hoy en la teología: "La Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia"², o, dicho en forma negativa: "Sin Iglesia no hay Eucaristía y sin Eucaristía no hay Iglesia". La relación, por tanto, entre una y otra no puede ser más intensa, y su importancia teológica se impone por sí misma.

De la *eclesiología del Vaticano II* se deduce que la Iglesia es una *asamblea eucarística*, y, al mismo tiempo, que la Eucaristía es un elemento constitutivo de la Iglesia. Pasamos a exponer este punto.

1 Afanasieff, Megendorf, Evdokimof...: cf. Y.-M. Congar, *Mysterium Salutis* II/1 415-419.

2 H. de Lubac, *Méditation sur l'Eglise*, Paris 1953, 103.

2. DIMENSIÓN ECLESIAL DE LA EUCARISTÍA

La peculiar relación de la Eucaristía y la Iglesia se funda en la voluntad del Señor, quien “confió a su Esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección” (SC 47) con las palabras: “*Haced esto en memoria mía*” (Lc 23, 19; 1 Cor 11, 25) La Iglesia ha guardado celosamente el encargo del Señor y lo ha puesto en práctica desde el principio como uno de los principales datos identificadores de la misma, recomendándolo incansablemente a sus hijos: “la Iglesia, con solícito cuidado, procura que los cristianos no asistan a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que participen consciente, piadosa y activamente en la acción sagrada” (SC 48)

El nexo entre Iglesia y Eucaristía aflora pronto en la conciencia creyente y así queda reflejado en los escritos primeros: “Como este pan partido estaba esparcido por las colinas y, reunido, se ha convertido en una sola cosa, así se reúne tu Iglesia de los confines de la tierra en tu reino”³.

La conciencia de la dimensión eclesial de la Eucaristía se ha recuperado con fuerza en el Vaticano II. Es la Eucaristía el principal agente en la edificación de la Iglesia: “Cristo instituyó en su Iglesia el admirable sacramento de la Eucaristía, por el cual se significa y se realiza la unidad de la Iglesia” (UR 2a) El concilio abunda en la misma idea: “La Eucaristía es fuente de vida de la Iglesia; por la celebración de la Eucaristía del Señor en cada una de las Iglesias, se edifica y crece la Iglesia del Señor” (UR 15a)

La “comunidad de los fieles”, fundada en el bautismo bajo la acción del Espíritu (UR 2b), se enraíza también en la Eucaristía. Ésta conduce a la unión con Cristo y con la Trinidad (UR 15a), y de ahí fluye la comunión entre todos los miembros de la Iglesia (LG 7b; GS 38b) y entre todas las Iglesias (UR 14a; 15a)

Se retorna así a la mejor tradición patristica y se apunta al corazón teológico de la liturgia: Padres y liturgia enfatizan el significado eclesiológico de la Eucaristía. Hay, pues, una íntima relación entre Eucaristía e Iglesia; el sacramento de la Eucaristía y la sacramentalidad de la Iglesia están, por tanto, mutuamente vinculados como sostiene la teología actual. Más aún, la celebración de la Eucaristía es un arma pastoral en manos de los cristianos y un modo de mostrar su identidad, pues con la celebración eucarística

3 *Didaché*, n. 9

“manifiestan a los demás el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia” (SC 2)

La relación entre Iglesia y Eucaristía expresa su mutua dependencia, íntima compenetración y recíproco influjo que deben ser tenidos en cuenta. En efecto, hay una cierta *circularidad* entre ellas, cada una “hace” a la otra, no puede existir una sin la otra, se necesitan mutuamente, cada una se comprende y explica desde la otra. Se da una *causalidad mutua y recíproca*, casi identidad: “*Pues si el pan es uno solo y todos compartimos ese único pan, todos formamos un solo cuerpo*” (1 Cor 10, 17)

La Iglesia es el “sacramento universal de salvación”⁴, y en la Eucaristía se nos da la síntesis de todo el misterio de nuestra salvación, que lleva adelante la Iglesia a lo largo de la historia.

La Eucaristía es el signo demostrativo de la autorrealización de la Iglesia, es la “epifanía” del misterio de la Iglesia y donde comprendemos a ésta precisamente como misterio. El efecto último de la celebración eucarística es la unidad de la Iglesia en la caridad; en la Eucaristía, la Iglesia alcanza su plenitud, su realización plena⁵. La comunión eclesial, “la unidad de los fieles, que constituyen un solo cuerpo en Cristo, está representada y se realiza por el sacramento del pan eucarístico” (LG 3) El Vaticano II es bien explícito al tratar este punto: “La unidad de los fieles, que constituyen un solo cuerpo en Cristo, está representada y se realiza en el sacramento del pan eucarístico” (LG 3; UR 15a); “para que por medio del cuerpo y la sangre del Señor quede unida toda la fraternidad” (LG 26) y para que “se alimente la vida cristiana” (SC 5)

La Eucaristía es “sacramento de piedad, signo de unidad y vínculo de caridad” (SC 47) Con la Eucaristía se alcanza la más perfecta unión con Dios y entre nosotros: “Participando realmente del cuerpo del Señor en la fracción del pan eucarístico, somos elevados a una comunión con él y entre nosotros” (LG 7)

4 LG 1.948; GS 42; AG 1

5 “La Eucaristía es como la consumación de la vida espiritual y el fin de todos los sacramentos” (Santo Tomás de Aquino, *S. Th.*, III, q.73, a.3c) “La Eucaristía es la fuente de la gracia y en ella se logra lo que todas las obras de la Iglesia tienden como a su fin: la glorificación de Dios y la santificación del hombre (SC 10)

La Eucaristía no solo manifiesta o expresa lo que la Iglesia es, sino que además apunta a lo que la Iglesia *está llamada a ser*, por consiguiente, al tiempo que es una manifestación de la Iglesia, es un acontecimiento que hace constantemente a la Iglesia. Por ello, sitúa a la Iglesia en constante tensión hacia adelante, en revisión constante y manteniéndola siempre “en camino”.

En la celebración eucarística se manifiesta y pone en práctica (PO 7) la comunión jerárquica de todos los ministerios eclesiales, que actúan según el rol de cada uno, manifestando así a la Iglesia en cuanto “comunidad de ministerios”: “Todos los ministerios eclesiásticos y obras de apostolado están íntimamente trabados en la Sagrada Eucaristía y a ella se ordenan” (PO 5) La Eucaristía no es solo el lugar privilegiado de manifestación de la unidad de la Iglesia, sino también el espacio en que se expresa en toda su riqueza la diversidad de los carismas de sus miembros; cada uno aporta según el cometido particular que como miembro del cuerpo desempeña en el conjunto de la comunidad; la celebración eucarística es una verdadera “sinfonía y armonía de carismas”.

La tarea misionera de la Iglesia encuentra también en la Eucaristía el diseño de sus líneas fundamentales. En efecto, la celebración eucarística “debe conducir tanto a las varias obras de caridad y a la mutua ayuda como a la acción misional y a las varias formas de testimonio cristiano” (PO 6); en la Eucaristía encuentra la Iglesia el tipo de comunidad que debe construir y en ella “aparece como la fuente y la culminación de toda predicación evangélica” (PO 5) Si los sacramentos están ordenados a la santificación de los hombres y a la edificación del cuerpo de Cristo, esto debe afirmarse prioritariamente de la Eucaristía.

Una forma peculiar de mostrar la relación entre Iglesia y Eucaristía nos la ofrecen las clásicas notas o propiedades de la Iglesia vistas a partir de la Eucaristía.

Una. La celebración de la Eucaristía es la suprema manifestación de la unidad de la Iglesia, el factor más eficaz y el lugar más idóneo para construir la unidad eclesial, así como la no celebración eucarística común de todos los cristianos es una denuncia de la falta de unidad en la Iglesia. Un altar, una cátedra, un banquete; una fe, un Señor, un credo; una comunidad, una voz, un corazón.

Santa. La Eucaristía nos hace comulgar con el Santo, en ella se realiza el acontecimiento salvador y santificador a lo largo de la historia, y se lavan

las manchas. En la Eucaristía se da la auténtica “*communio sanctorum*”, la comunidad ofrece el sacrificio santo y agradable a Dios, uniendo la propia existencia al sacrificio eficaz de Cristo, y en él Dios nos acepta a nosotros, los pecadores.

Católica. En la Eucaristía se da la máxima concentración de dones y bienes de la salvación, por lo que decimos que es “católica” intensiva y extensivamente. La Eucaristía contiene todo aquello “lo cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin” (SC 10), es “la fuente y ápice de toda vida cristiana” (LG 11), en una palabra, “la Eucaristía contiene todo el bien espiritual de la Iglesia” (PO 5) Por otra parte, la Eucaristía es inclusiva, pues integra en una todas las voces, los corazones, las lenguas, las culturas, las razas; todo lo abarca e integra, sintetiza todos los bienes y realiza todas las promesas.

Apostólica. La Eucaristía nos remonta al origen apostólico de la Iglesia: cenáculo, calvario, pentecostés... La Iglesia continúa en la historia el encargo hecho por Jesús a los apóstoles: “*Haced esto en memoria mía...*”, asumiendo así la *tradición apostólica*. La Eucaristía hace revivir a la Iglesia el compromiso apostólico al servicio del Evangelio y del Reino de cara a todo el mundo. Por último, la Eucaristía renueva la vocación de servicio de la Iglesia y la envía constantemente a servir.

3. LA EUCARISTÍA EN LA GÉNESIS DE LA IGLESIA

En este punto hay que entender la Iglesia como *acontecimiento*, la Iglesia “*in fieri*”, en su constante realización. El principio básico de este apartado es que, mediante la Eucaristía, “la Iglesia vive y crece continuamente” (LG 26) El Vaticano II resalta esta idea capital: “Ninguna comunidad cristiana se edifica si no tiene su raíz y quicio en la celebración de la santísima eucaristía, por la que debe, consiguientemente, comenzarse toda edificación en el espíritu de comunidad” (PO 6), pues “el sacrificio eucarístico es la fuente y cumbre de toda vida cristiana” (LG 11)

El Nuevo Testamento dice que en la Eucaristía se halla la “*nueva alianza*” (Mt 26, 28 par.; 1 Cor 11, 25) Si la “vieja alianza” dio origen al “Viejo Israel”, la “nueva alianza” genera el “Nuevo Israel”, que es la Iglesia.

La Iglesia como acontecimiento a partir de la Eucaristía:

- a) En la celebración eucarística es donde adquiere mayor intensidad el acontecimiento de la Iglesia. La Eucaristía “hace” la Iglesia en su mismo acontecer continuo.
- b) La Iglesia “hace” la Eucaristía, solo ella puede celebrarla pues solo a ella le he sido confiada por el Señor como “memorial de su pasión”. Pero es todavía más profundamente cierto que la Eucaristía “hace” la Iglesia, porque es el Señor el que con su sacrificio la dio y la está dando origen, y la mantiene viva. La celebración eucarística convierte a la comunidad celebrante en el cuerpo de Cristo (1 Cor 12, 27)⁶, que es la Iglesia del Señor. La participación del cuerpo y sangre de Cristo no hace otra cosa sino que pasemos a ser aquello que recibimos.
- c) La Eucaristía como evento local no solo tiene lugar en la Iglesia, sino que la Iglesia misma llega a ser evento en el sentido más propio de la celebración local de la Eucaristía.

La Eucaristía aporta el quicio y raíz de toda comunidad eclesial, y es el eje y centro de la misma en cuanto tal. “Es la sinaxis eucarística el centro de toda asamblea de los fieles, que preside el presbítero” (PO 5) La Eucaristía es “fuente y cumbre” LG 11), por lo que “no se edifica ninguna comunidad cristiana si no tiene su raíz y quicio en la Eucaristía” (PO 6)

Entre las acciones ministeriales de la Iglesia, la celebración de la Eucaristía no es una acción más, sino que es la acción generadora de Iglesia. La comunidad cristiana expresa en la Eucaristía lo que es y edifica lo que está en camino de ser, se edifica a sí misma. La Eucaristía es la forjadora de la Iglesia local. Cristo se hace particularmente presente en cada comunidad eclesial por medio de la Eucaristía. Obedeciendo el encargo del Señor: “*Haced esto...*”, queda asegurado que la realidad total de Cristo está presente de manera eficaz allí donde sus seguidores realizan legítimamente la Cena del Señor. El Vaticano II es bien explícito: “En estas comunidades, aunque sean frecuentemente pequeñas y pobres o vivan en la dispersión, está presente Cristo” (LG 26) Ahí acontece la Iglesia, “hasta que vuelva” el Señor.

La Iglesia se siente en la Eucaristía constantemente convocada, se siente salvada, se pone bajo la soberanía de Dios, recibe aliento para su misión y es enviada de nuevo. La Iglesia se experimenta en la celebración eucarística

6 Cf. 1 Cor 3, 17; 2 Cor 6, 16; Ef 2, 21...

como comunión de los dispersos. “Los fieles se insertan plenamente en el cuerpo de Cristo por la recepción de la Eucaristía” (PO 5)

El oficio y responsabilidad del obispo en la constitución y dirección de la Iglesia particular está estrechamente ligado a su función de cara a la Eucaristía, siendo ésta el principal medio para reunir el pueblo de Dios (LG 26; SC 41). De modo similar puede afirmarse de los presbíteros, “cuyo ministerio consiste sobre todo en la Eucaristía, la cual perfecciona a la Iglesia” (AG 39)

La Iglesia celebra la Eucaristía con la esperanza de la reunión en el Reino, celebra “hasta que vuelva” el Señor. De esta forma, la Eucaristía conduce a la Iglesia hacia su meta y la sitúa en la onda escatológica, y prolépticamente hace que ya la *preguste*, porque la Santa Cena se sitúa entre el banquete pasual y el banquete mesiánico, participando de ambos: es recuerdo y memoria (1 Cor 11, 24-25) y es esperanza y anticipación (Mt 26, 29). La memoria nos transporta a la esperanza (1 Cor 11, 26). En la Eucaristía se anudan el recuerdo y el futuro.

La Eucaristía sella la identidad cristiana y eclesial:

- a) Se ha visto desde el principio en la Eucaristía el más genuino sello de identidad de la comunidad de Jesús. La comunidad cristiana necesita absolutamente de la Eucaristía y, mediante ella, expresa ante sí misma y ante los demás lo más genuino de su ser, sus verdaderas señas de identidad.
- b) El mismo Señor ordenó esta celebración: “*Haced esto en memoria mía*” (Lc 22, 19; 1 Cor 11, 25). Es la celebración comunitaria más típica y genuina de los seguidores de Jesús (1 Cor 11, 17-34), en la que se hace el nuevo pueblo de Dios.
- c) “En el sacramento del pan eucarístico se representa y se reproduce la unidad de los fieles, que constituyen un solo cuerpo en Cristo” (LG 3)
- d) La Cena se convierte en el signo de reconocimiento entre los cristianos, como lo fue para los peregrinos de Emaús (Lc 24, 13-35)

Por último, debemos dejar constancia de que en la Eucaristía se encuentra la máxima expresión de la *novedad* y *originalidad* del sacerdocio de Cristo y, por consiguiente, del sacerdocio de los cristianos conferido por el bautismo: la identificación del sacerdote y la ofrenda o víctima: “*Esto es mi cuerpo*”, “*ésta es mi sangre*” que serán entregados por vosotros. Es el mismo

Señor la nueva y única ofrenda⁷. “*Se entregó por nosotros como oblación y víctima agradable a Dios*” (Ef 5, 2) El antiguo sacerdocio queda abolido, todo es nuevo (Heb 7, 18; 10, 9)

4. EL “MINISTRO DE LA IGLESIA” ES EL “MINISTRO DE LA EUCARISTÍA”

En un mismo sujeto se dan conjunta y simultáneamente el ser “sacerdote de Jesucristo”, “ministro de la Iglesia” y “ministro de la Eucaristía”, y todo ello como fruto del sacramento del orden.

Se discute entre los teólogos si el sacerdote es “ministro de la Eucaristía” por ser “ministro de la Iglesia”, o viceversa. Me inclino por la primera opción. El sacerdote asume la misión de la Iglesia, en la que se incluyen diversas funciones, aunque con un puesto preferente para la celebración eucarística, pero sin olvidar que la misión eclesial que representa incluye otras varias acciones además de la eucarística. El sacerdote es, por tanto, “ministro de la Eucaristía” (y ministro de otros sacramentos y de otros oficios o servicios) porque es “ministro de la Iglesia”.

La Eucaristía es por antonomasia el “sacrificio de la Iglesia”, el acto de culto central, al que todos los demás deben confluir y del que todos los demás deben brotar. El sacerdote es configurado con Cristo, Esposo de la Iglesia, y se responsabiliza, por tanto, de la misión de Cristo encomendada a la Iglesia. Ministro de Cristo, ministro de la Iglesia y ministro de la Eucaristía. “Quienes son específicamente ministros de la Iglesia son llamados ministros no solo de Cristo, sino también de la Iglesia. El sacerdocio ministerial puede representar a la Iglesia porque representa a Cristo”⁸.

Nos hallamos, por tanto, ante un hecho singular: el “ministro de la Iglesia” es el único “ministro de la Eucaristía”; el mismo sujeto es el portador de ambas responsabilidades y cometidos, un mismo sujeto es el portador de la doble condición. El “ministro de la Iglesia” construye ésta sobre todo cuando actúa como “ministro de la Eucaristía”. Así se nos muestra, desde otro ángulo, la estrecha relación existente entre Iglesia y Eucaristía.

El “ministro de la Iglesia” tiene en la celebración eucarística la más densa y real actuación “in nomine Ecclesiae”. Como celebrante y represen-

7 Heb 7, 27; 9, 14.25; 10, 7.9.10.14...

8 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1553.

tante de la Iglesia, en cuyo nombre y por cuyo mandato actúa⁹. Por tanto, la máxima expresión como “ministro de la Iglesia” se da cuando actúa como “ministro de la Eucaristía”.

La Eucaristía se halla en la cima del sacerdocio ministerial: “A este sacrificio se ordena y en él culmina el ministerio de los presbíteros” (PO 2), porque la Eucaristía contiene “al mismo Cristo, nuestra pascua” (PO 5; SC 5). La Eucaristía no es la única acción ministerial del sacerdote, pero tampoco es una más entre otras: “Los otros sacramentos, así como todos los ministerios eclesiásticos y obras de apostolado a ella se ordenan” (PO 5). El sacerdote tiene en la Eucaristía su principal ministerio (LG 28).

Hacer la Eucaristía está en el mismo centro de la misión de la Iglesia (LG 28; PO 2-6), y más en concreto de los sacerdotes, cuyo “propio ministerio consiste sobre todo en la Eucaristía, la cual perfecciona la Iglesia” (AG 39). Puede hablarse, con razón, de una concentración eclesial en la Eucaristía.

La Eucaristía es para el sacerdote el principal arma de su múltiple apostolado: “Es propio del sacerdote el llevar a su cumplimiento la edificación del Cuerpo mediante el sacrificio eucarístico” (LG 17). En un mismo acto, el “sacerdote de Jesucristo” y “ministro de la Iglesia” logra dos objetivos: actualizar el sacrificio del Señor y edificar la Iglesia de la manera más eficaz.

Los Padres de la Iglesia ponían precisamente el acento sobre el *efecto* de la Eucaristía, que no era otro que la construcción de la comunidad cristiana. Esta construcción de la comunidad resume la múltiple labor del sacerdote. El “ministro de la Iglesia” y “ministro de la Eucaristía” actúa en orden a la consumación de la ofrenda de los fieles a cuyo servicio está: “Por el ministerio de los presbíteros se consuma el sacrificio espiritual de los fieles en unión con el sacrificio de Cristo, mediador único, que por manos de ellos, en nombre de toda la Iglesia, se ofrece incruenta y sacramentalmente en la eucaristía hasta que el Señor mismo retorne. A esto tiende y en esto se consuma el ministerio de los presbíteros” (PO 2)¹⁰.

La comunidad debe ser la pasión del sacerdote y el centro de sus desvelos. Pero es una comunidad con una dignidad especial, es un pueblo sacerdotal.

9 El sacerdote “actúa en nombre de toda la Iglesia” (PO 2), “en nombre de la Iglesia madre” (SC 85), “en nombre de todo el pueblo de Dios” (LG 10).

10 El “pastoreo” de los “ministros de la Iglesia” es un servicio para la edificación del Cuerpo de Cristo (Ef 2, 20; 4, 12; Hech 20, 28-32).

y eucarístico¹¹, sujeto activo del sacerdocio pues participa del sacerdocio de Cristo¹²: “*Vamos construyendo un templo espiritual dedicado a un sacerdocio consagrado, para ofrecer, por medio de Jesucristo, sacrificios espirituales agradables a Dios*” (1 Pe 2, 5; LG 10) Este papel activo del pueblo de Dios queda patente de forma especial en la celebración de la Eucaristía, donde tiene “una parte propia”, de forma que se nos autoriza para hablar propiamente de concelebración: “Participando del sacrificio eucarístico, ofrecen a Dios la Víctima divina y se ofrecen a sí mismos juntamente con ella” (LG 11)¹³. San Pablo dirá: “*Se ofrecen como sacrificio vivo y agradable a Dios. Éste debe ser su auténtico culto*” (Rom 12, 1) Ha llegado a su realización plena lo predicho por Dan 3, 30-40, y esto ha sido posible porque el pueblo de Dios “participa, a su manera, del único sacerdocio de Cristo” (LG 10)¹⁴.

En conclusión: toda la realidad eclesial parece vivir su momento de concentración en la celebración eucarística. La Eucaristía se presenta así como el origen y la realización de la comunidad cristiana. Para Agustín la Eucaristía es la Iglesia en plenitud, el símbolo del cuerpo místico universal, la expresión de la unidad de los creyentes.

De la Eucaristía la Iglesia afirma que es “sacramento de piedad, signo de unidad y vínculo de caridad”. He aquí todo un programa para la Iglesia.

La Eucaristía es el alimento de la Iglesia que peregrina hacia la Patria.

11 1 Pe 2, 9; Ap 1, 9; LG 10.11

12 “Los fieles, incorporados a la Iglesia por el bautismo, quedan destinados por el carácter al culto de la religión cristiana” (LG 11)

13 “Los fieles, en virtud de su sacerdocio regio, concurren a la ofrenda de la eucaristía” (LG 10)

14 Hoy la Iglesia vuelve una y otra vez sobre la misma idea: “Los fieles ejercen su sacerdocio bautismal a través de su participación, cada uno según su propia vocación, en la misión de Cristo Sacerdote, Profeta y Rey. Por los sacramentos del bautismo y la confirmación, los fieles son consagrados para ser un sacerdocio santo” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1546)